

PRÉSIDENCE
DE LA
RÉPUBLIQUE

DISCURSO DE NICOLAS SARKOZY
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA
(26 de agosto de 2009)

Señor Primer ministro:
Señor Presidente del Senado:
Señor Presidente de la Asamblea Nacional:
Señor Ministro de Asuntos Exteriores y Europeos:
Señoras y Señores Ministros:
Señoras y Señores Parlamentarios:
Señoras y Señores Embajadores:

El 15 de septiembre de 2008, un año después del comienzo de la crisis de las « subprimas », el mundo entero fue proyectado al borde del precipicio por la decisión de las autoridades americanas de abandonar el banco Lehman Brothers. Quiero recordar que esta decisión fue tomada entonces sin ningún tipo de concertación con los principales socios de los Estados Unidos.

Aquel día, el mundo constató que una desregulación sin fin, ciegamente confiada al espíritu de responsabilidad de los actores financieros, había llevado a una irresponsabilidad generalizada frente a un afán irresistible de lucro rápido.

Aquel día, el mundo constató que una cierta forma de capitalismo basada en la especulación y una competencia sin límites entre las plazas financieras, amenazaba de muerte a la economía real.

Aquel día marcó el fin de una mundialización en la que los actores del mercado imponían su ley, donde todo se había convertido en objeto de especulación, donde los precios del petróleo o del trigo, así como los valores bursátiles, podían multiplicarse por dos o tres en tan sólo unos meses antes de hundirse.

Aquel día, los Estados se encontraron solos frente a sus responsabilidades.

Sólo ellos podían parar el pánico, restablecer la confianza.

Sólo ellos podían impedir, gracias a sus intervenciones, que la reacción en cadena se llevara, de un lado a otro del planeta, en un desastre sin precedentes, el ahorro y el trabajo de decenas de millones de hombres y mujeres.

Aquel día, los Estados constataron que les era imprescindible trabajar juntos y que no habría salvación a menos que actuaran de manera colectiva.

Jamás podré olvidar aquellas noches en vela en las que había que encontrar, antes de la apertura de los mercados, los miles de millones necesarios para salvar tal banco o tal país del hundimiento.

Y no aceptaré que aquellos que nos hundieron en la crisis más grave desde los años 1930 puedan volver a empezar como antes.

Frente a la tentación del sálvese quien pueda, del cada uno para sí mismo, frente al riesgo de medidas nacionales que desemboquen en una vuelta al proteccionismo, el mismo 23 de septiembre, en la tribuna de Naciones Unidas, en nombre de Europa, propuse la celebración de una cumbre de los principales dirigentes mundiales. Una cumbre destinada a que adoptemos juntos las reglas necesarias. Cinco semanas más tarde, se celebraba la cumbre de Washington; cinco meses más tarde, la de Londres; y he pedido que se organice una tercera cumbre del G20 a finales de septiembre; tendrá lugar en Pittsburgh.

Se han logrado unos primeros avances, impensables hace tan sólo un año, especialmente en lo que se refiere a los paraísos fiscales: en Washington, Francia fue la única que luchó por este asunto; en Londres, con el apoyo de la canciller Merkel, obtuvimos, con dificultad, la publicación de un listado; desde entonces los avances son espectaculares: ¡Hemos conseguido final del secreto bancario! Estos avances deberán completarse en Pittsburgh con la adopción de una lista completa de contra-medidas aplicables a partir de 2010 contra aquellos que no cooperen completamente.

Pero queda todavía mucho por hacer para que las finanzas, que están en el origen de esta crisis, se encuentren, a partir de ahora, al servicio de la inversión y del crecimiento. Me refiero en particular a la remuneración de los operadores de mercado, es decir, para hablar claro, al escándalo de los bonus. En Londres, promulgamos unos principios. Ya es hora de que se apliquen y se refuercen. ¡Que aquellos que se imaginan que van a poder reemprender sus asuntos como antes de la crisis sepan que están perdiendo el tiempo!

Francia aplicará sin demora las nuevas reglas más estrictas que presenté ayer en materia de bonus. Francia debe llevar la iniciativa y no ser sujeto paciente. Resulta demasiado fácil decir: “Vamos a esperar a que los demás actúen”, mientras tantas personas sufren. En Pittsburgh se jugará una partida decisiva. Francia dirá a sus socios: “He aquí no nuestra intención, sino lo que ya hemos decidido”. Pondremos sobre el tapete una iniciativa internacional que propondrá la aplicación en los países del G20 de las reglas de transparencia, gobernanza y responsabilidad que ya se aplican en la bolsa de París. Propondremos que se refuercen las sanciones frente a bancos que no se atengan a la normativa. Por último, iremos más lejos y plantaremos la cuestión de la limitación cuantitativa de los bonus.

También debemos trabajar en la adaptación de las normas contables para que dejen de favorecer el corto plazo en detrimento de la inversión y en la supervisión de los fondos especulativos, que permanecen insuficientemente regulados, pudiendo desorganizar mercados enteros. Debemos asimismo trabajar en la prevención, por parte del FMI, de los riesgos sistémicos, para que ya no nos tengamos que enfrentar a situaciones en las que el exceso de endeudamiento de algunos países pueda representar una amenaza para la estabilidad financiera del mundo entero.

Respecto a todos estos asuntos, Francia será intransigente. Debemos llevar estas reformas hasta el final. No podemos perder el impulso dado, hay que actuar ahora mismo.

Pero en Pittsburgh, nos esperan también otras obras.

Primero, la cuestión del precio de la energía, y especialmente del petróleo. Esta es la otra bomba de efecto retardado que pesa sobre el crecimiento futuro. Si los precios suben demasiado, el crecimiento se ahogará. Si están demasiado bajos, las inversiones se pararán, provocando después de algunos años una situación de escasez y a continuación un disparo de los precios. Con Gordon Brown, hemos propuesto una reactivación del diálogo entre productores y consumidores. Debemos fijarnos dos objetivos: la lucha contra la especulación en los mercados y la determinación de un abanico de precios razonables. Este diálogo debe iniciarse ya en Pittsburgh, dado que tendremos alrededor de la mesa a los principales países consumidores y a países productores de la mayor importancia como Arabia Saudí, Rusia, Canadá o Méjico.

Dar una respuesta al desafío energético mundial también requiere favorecer el acceso al sector nuclear civil. Gracias a sus opciones estratégicas de los años 70, Francia es hoy por hoy el campeón mundial de esta energía limpia. No habrá solución a los problemas energéticos mundiales sin un reparto justo de la energía nuclear civil. Unos sesenta nuevos países en el mundo ya manifestaron su gran interés por programas electro-nucleares. El acceso a la energía nuclear civil se merece un debate de fondo. Es una elección importante, con compromisos y responsabilidades de largo plazo. Francia organizará, en los próximos meses, conjuntamente con el OIEA, una conferencia destinada a ayudar a definir este camino con los actores internacionales de la energía nuclear civil. La elección de Francia es la de cooperar sin discriminación y de realizar así uno de los objetivos centrales del Tratado de no-proliferación.

En Pittsburgh, también tendremos que pensar en el reequilibrado de los modelos de crecimiento de las grandes economías. La crisis, aquí también, significó el fin de una época: la de los desequilibrios insostenibles de Estados Unidos y de China, donde al exceso de endeudamiento de unos respondía el exceso de ahorro de los otros.

El Presidente Barack Obama puede contar con el apoyo de Francia en su voluntad de transformar el modelo económico y social americano. Pero el aumento –inevitable– del ahorro de las familias y la resorción –necesaria– del gigantesco déficit americano significan que América importará menos y procurará exportar más.

Conviene rendir tributo a China por haber sabido reaccionar rápida y fuertemente arrancando un nuevo motor de su crecimiento: el de su mercado doméstico. Pero su modelo de desarrollo todavía seguirá basándose en la exportación durante mucho tiempo.

¿Cómo gestionar las tensiones inevitables de este período de transición?

¿Cómo resistir a las tentaciones proteccionistas que existen por todas partes?

¿Cómo, sobre todo, evitar unas evoluciones de la paridad de las principales monedas que podrían desembocar en graves tensiones?

China, Rusia, esbozaron unas propuestas que demuestran que la realidad política y económica multipolar del mundo de hoy en día deberá, tarde o temprano, encontrar su traducción monetaria. Una arquitectura internacional renovada, un FMI reforzado permitirán crear los lugares de debate y concertación más que nunca necesarios para evitar unas fluctuaciones excesivas y desestabilizadoras de los cambios.

Francia está dispuesta, en el marco del Euro, a participar de modo activo en este proceso. Pero no aceptará, y lo digo bien claro, que el Euro soporte él solo el peso de los ajustes, como ha sido el caso en el pasado.

Última obra que habrá que tratar y finalizar en Nueva York, en Pittsburgh y luego en Copenhague: el calentamiento climático. Nos impone que inventemos una nueva forma de crecimiento, des-carbonizada, y que aseguremos su financiación. Bajo presidencia francesa, Europa supo contestar plenamente a las peticiones hechas unánimemente por los científicos. Somos los únicos hoy en día. Es esencial que los demás países industrializados, empezando por los Estados Unidos, establezcan rápida y precisamente, en términos comparables, sus objetivos a medio plazo. Es necesario para arrastrar a los grandes países emergentes hacia un acuerdo ambicioso donde cada uno deberá asumir su parte del esfuerzo común.

Los primeros temas de Pittsburgh son de la mayor importancia: se trata nada menos que de reformar el capitalismo para asegurar su estabilidad y la prosperidad del mundo. El último, el calentamiento climático, es fundamental: lo que está en juego es el propio porvenir de la humanidad y de nuestro planeta.

Llegar a una conclusión en Copenhague es imprescindible y cada uno deberá asumir sus responsabilidades. Cualquier retraso en la actuación será irrecuperable.

El tiempo no juega en nuestro favor. Es nuestro juez y ya estamos en prórroga.

Para preparar estos encuentros en los que se decidirá el futuro, Francia presentará, el próximo 14 de septiembre en París, las conclusiones de la Comisión que tomé la iniciativa de reunir, el año pasado, bajo presidencia de dos Premios Nobel de Economía, Joseph Stiglitz y Amartya Sen, para reflexionar sobre la medida de nuestro rendimiento económico. Pues no cambiaremos nuestros comportamientos si no cambiamos la manera de medir nuestros resultados. Esta Comisión internacional integrada por los mejores expertos ha realizado un trabajo apasionante. Les ruego proporcionen a esta reunión la mayor proyección posible para que, a través del mundo entero, responsables y expertos hagan suya esta reflexión que contribuirá a la mutación económica y ecológica que se ha hecho indispensable.

Señoras y Señores Embajadores,

Estas cumbres que se suceden a un ritmo sin precedente deben saldar las deudas de una época pasada y sentar las bases de una economía nueva, más sana, más justa, más equilibrada, más sostenible, más “verde”.

A la cabeza de la Unión Europea y en el G20, Francia ha multiplicado las propuestas en este sentido. Seguirá afirmando sus convicciones y arrastrando a todos aquellos que, por el mundo, no se resignan al inmovilismo ni al statu quo.

La crisis nos libera de la sujeción del pensamiento único. Nos obliga a pensar de otra manera, es una suerte.

Aunque, en nuestro mundo globalizado, no debemos subestimar el peso de los actores económicos y financieros, el Estado ha recobrado, desde hace un año, todo su lugar, y debe conservarlo, sin dudar en mostrar el camino de una nueva regulación mundial.

Porque, dado que nuestro mundo está globalizado sin posibilidad de vuelta atrás, jugar de manera colectiva es un imperativo categórico. Pero solamente lograremos un resultado duradero si los objetivos que nos fijamos son ambiciosos. Cuando el objetivo fijado es mediocre, ¿quién está dispuesto a comprometerse, a realizar elecciones de fondo? Esta convicción es la que me ha animado a lo largo de nuestra presidencia europea y la que nos ha permitido adoptar, por ejemplo, el paquete “energía-clima”. Esta misma convicción es la que me inspira en los debates del G8/G14 y en los del G20.

Más allá de estas tres convicciones, se impone una evidencia: cuando el mundo salga de la crisis, la jerarquía de las potencias ya no será exactamente la misma que cuando estalló. China, India, Brasil, estoy convencido de ello, saldrán enaltecidas.

En cada instante, en el momento de tomar cada decisión, me planteo la misma pregunta: ¿ayudará esta decisión a Francia y a los franceses a salir más fuertes de la crisis?

Muy rápidamente, junto con François Fillon y Christine Lagarde, hemos adoptado un conjunto de medidas para estabilizar nuestro sistema financiero, sostener la actividad y consecuentemente el empleo, para proteger aquellos que están más afectados por la crisis.

Gracias a nuestras decisiones, a pesar de las dificultades, del paro en aumento, la economía francesa resiste mejor que la de sus principales socios. Ha vuelto a pasar al quinto puesto de las economías del mundo, entre Alemania y Reino Unido.

Pero no es suficiente: cada decisión debe también ayudarnos a preparar el futuro. Debe permitirnos entrar mejor armados en el mundo nuevo que estas cumbres sucesivas están edificando.

Este es el sentido, especialmente, del préstamo nacional que será objeto de un largo debate, este otoño, y que deberá facilitar la inversión en los sectores más importantes para nuestro futuro: ciencias, investigación, innovación, crecimiento verde, universidad y formación. Invertir en el futuro es conseguir más empleos, más crecimiento y así pues los medios necesarios para resorber la deuda.

Señoras y Señores Embajadores,

Este asunto de la jerarquía de las potencias a la salida de la crisis interpela también a Europa. Con una pregunta previa: ¿Quiere la Unión Europea ser una potencia? ¿Quiere ser uno de los principales actores del siglo XXI?

A esta pregunta, la presidencia francesa ha respondido en parte con el lanzamiento de la Unión por el Mediterráneo; deteniendo la guerra entre Rusia y Georgia; indicando el camino de una gestión responsable y colectiva de la crisis financiera; demostrando, con el paquete “energía-clima”, que un acuerdo ambicioso es posible en Copenhague; o también dando un nuevo impulso a la Europa de la Defensa.

Cuando Europa quiere, puede.

Pero es necesario que la Unión decida dotarse de unas instituciones que faciliten la toma de decisión en un conjunto de 27 miembros. Esto es lo que está en juego con la puesta en práctica del tratado de Lisboa si el referéndum irlandés del 2 de octubre sale positivo. La elección del primer Presidente estable del Consejo Europeo, del Alto Representante / Vice Presidente de la Comisión serán entonces de una importancia decisiva y no tendremos derecho de equivocarnos. Francia confía plenamente en la Presidencia sueca para guiar nuestras reflexiones.

Con la entrada en vigor del tratado de Lisboa, propuesto por Francia, diez años de debates institucionales desembocarán en un éxito, con el refuerzo también del Parlamento Europeo; una Unión ampliamente liberada de la regla de la unanimidad, demasiado a menudo sinónimo del mínimo denominador común; la creación, finalmente, de un verdadero servicio diplomático de la Unión.

Todo será entonces cuestión de práctica y quisiera aquí sacar fruto de mi experiencia. Más que ninguno de mis predecesores, he deseado actuar de manera colectiva trabajando estrechamente con la Comisión y el Parlamento Europeo, así como escuchando atentamente a cada uno de los Estados miembros. Los 27 Estados son iguales en derechos. ¿Pero quién no ha constatado, especialmente con motivo de la crisis, que todos no son iguales en deberes? Las responsabilidades que pesan sobre los Estados dependen directamente de su peso. Esta constatación no necesita la puesta en marcha de ninguna estructura particular. Implica simplemente un estado de ánimo, un compromiso, que son más que nunca, me parece, la marca de la sintonía franco-alemana.

En cada crisis, sobre cada gran expediente, la sintonía franco-alemana, la amistad que me une a Angela Merkel, han ayudado poderosamente a Europa a asumir todas sus responsabilidades. Esta sintonía no tiene nada de exclusivo: el Reino Unido – y Gordon Brown lo ha demostrado -, Italia, España, Polonia pueden aportar una contribución mayor a poco que adopten ese mismo estado de ánimo: más allá de los derechos de cada uno, ¿Cuáles son los deberes, las responsabilidades que cada Estado está dispuesto a asumir para que nuestra Unión Europea se convierta, en el siglo XXI, en un actor de primer rango? Un actor en el lugar que tanto su población, como sus capacidades científicas, su peso económico y financiero, le destinan a ocupar.

Para que Europa haga de nuevo la historia en vez de sufrirla, debe en primera instancia asumir sus valores y defenderlos, sin agresividad pero con firmeza. Es justamente lo que hizo, a iniciativa nuestra,

en Ginebra, cuando el Presidente Ahmedineyad pronunció un discurso inaceptable; o también cuando decidió reforzar sus sanciones en contra de la junta en el poder en Birmania, al día siguiente de una condena inicua de la Señora Aung San Suu Kyi.

Luego conviene que Europa refuerce sus capacidades militares poniendo en práctica con determinación el plan adoptado bajo presidencia francesa. ¡Europa no es una inmensa Cruz Roja! Debe ser capaz de actuar en el plano militar para defender sus intereses o sencillamente la paz, como ya lo hace en los Balcanes, en Georgia, en el Chad o en las costas de Somalia.

En este mismo espíritu Francia ha reintegrado las estructuras militares de la Alianza Atlántica. Con una Francia que ocupa todo su espacio en la OTAN, los europeos son quienes se hacen más fuertes en la Alianza. En pocos días recibiré al nuevo Secretario general de la OTAN; y un oficial francés, el general Abrial, encabezará uno de los dos grandes mandos estratégicos aliados, el de la Transformación de la Alianza. Lo que está en juego es de la mayor importancia: se trata de construir la Alianza transatlántica que necesitaremos para las próximas décadas. El debate está iniciado. Debe llevarse a cabo de aquí a un año, en la próxima cumbre de la Alianza en Lisboa. Francia tiene ahora los medios para influir con todo su peso en ese debate fundamental para nuestra seguridad.

En el transcurso de los próximos meses, tendré la oportunidad de especificar nuestros puntos de vista sobre otra gran obra que deberá avanzar en 2010. Quiero hablar de la organización de un amplio espacio común, económico y humano, entre la Unión Europea y Rusia, nuestra gran socia. De manera paralela, deberemos avanzar hacia la renovación de la seguridad del continente; una renovación que, con el Presidente Medvedev, deseo ver acabada en el marco de la OSCE. En este contexto es como, todos juntos, podremos asegurar un futuro de paz a toda Europa, basado en el respeto de los intereses de seguridad de todos pero también en la libertad de elección de cada uno.

Señoras y Señores Embajadores,

Tantos derechos pero aun más deberes porque más responsabilidades, así también debe ser el principio director de la reforma de la gobernanza mundial.

Es un tema esencial: en un mundo globalizado, en él que ninguna potencia puede arreglar por sí misma los problemas, en el que todos los Estados son interdependientes, todos los temas unidos, disponer de una gobernanza global eficaz es una necesidad absoluta.

El mismo día de mi elección, abagué por una adaptación de las organizaciones internacionales a las realidades del siglo XXI. La crisis dio a mi alegato la fuerza de la evidencia y el movimiento se impuso en urgencia. Pero sólo estamos al principio del camino. Con el Presidente Lula, propusimos a nuestros pares del G14 una “Alianza para el cambio de la gobernanza mundial” y, aquí de nuevo, Francia no escatimará ningún esfuerzo para que las reformas se lleven a cabo.

En primera lugar, la reforma de las instancias informales, órganos irremplazables de impulso. La transformación del G8 en G14, con la entrada de China, India, Brasil, Méjico, Sudáfrica y Egipto, ha dado un paso importante este año gracias a la presidencia italiana. Mi deseo es que la presidencia canadiense en 2010 organice la mayor parte de la próxima cumbre en formato G14. Mi intención es de acabar esta transformación bajo presidencia francesa en 2011.

De manera paralela, Francia quiere desarrollar con cada uno de estos grandes países emergentes una relación a la altura de sus responsabilidades en el siglo XXI.

El G20, centrado en cuestiones económicas y financieras, ha mostrado ser un formato eficaz, pero su composición no está estabilizada. Deberemos trabajar en ello conjuntamente con la reforma del FMI: las instancias de dirección del Fondo – su Comité Monetario Ministerial y su Consejo de Administración – deben hacerse más políticos, mejor articulados con el G20; su modo de decisión debe también evolucionar para reflejar la realidad de un mundo multipolar.

Por último, el Foro de las Mayores Economías, que desde hace dos años desempeña un papel útil en la búsqueda de compromisos ambiciosos y equilibrados para la negociación “clima”, debería sin duda mantenerse después de Copenhague para velar, entre los principales actores, a una buena aplicación del acuerdo que queda por concluir en diciembre.

Estas tres instancias informales cubren los campos mayores de la negociación de nuestro tiempo: temas globales, asuntos económicos y financieros, acuerdo “clima”. Las tres tienen, en lo esencial, la misma composición, con los miembros del G14 en el centro del sistema.

Sin embargo, estas tres instancias, con una eficacia relativa, no tienen la legitimidad que sólo confiere la universalidad. Más que nunca, nuestro mundo globalizado necesita a las Naciones Unidas, al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial, a la Organización Mundial del Comercio. Aun así, estas organizaciones deben estar en condiciones de asumir mejor sus responsabilidades.

Esta exigencia es la que lleva Francia, junto con el Reino Unido, a abogar con determinación por una reforma interina del Consejo de Seguridad. Todo debe estar hecho para que la próxima sesión de la Asamblea General marque un avance decisivo en este sentido.

Más allá, y ya se lo dije al Secretario General de las Naciones Unidas, son todos los órganos principales de la ONU y sus instituciones especializadas las que deben evolucionar, con una obsesión: la eficacia.

La reforma del FMI y la del Banco Mundial, encabezadas por el G20, se tendrán que acabar en enero del 2011, según las decisiones tomadas en Londres. Me alegra que el G14 haya decidido dedicarse a la reforma de las Naciones Unidas, en un acercamiento temático, empezando con todas las organizaciones que tratan de uno de los principales dramas de nuestro tiempo: la seguridad alimentaria.

A propuesta de Francia, una asociación mundial para la alimentación y la agricultura fue adoptada el año pasado y, bajo el impulso de Estados Unidos e Italia, 20 mil millones de dólares de contribución fueron decididos en la cumbre de L’Aquila. Aún así – y esa es la ambición del G14 – la FAO, el PAM, el FIDA, y también el Banco Mundial y los bancos regionales de desarrollo tienen que movilizarse para actuar de modo coherente y coordinado.

Después de la alimentación, desearía que el G14 estableciera un diagnóstico y presentara propuestas acerca de todas las organizaciones internacionales – no son menos de 8 – que tratan cuestiones de sanidad. Frente a plagas como el SIDA, o, mañana quizás, la epidemia de la gripe H1N1, los Estados deben asegurarse de disponer de una capacidad de respuesta a la altura de las amenazas.

La multiplicación de las organizaciones internacionales es en sí un verdadero problema. El ámbito del medio ambiente lo ilustra hasta la caricatura: a cada acuerdo sectorial corresponde un órgano de seguimiento y de verificación. Ha llegado el momento de crear una verdadera Organización Mundial del Medio Ambiente, piedra angular que tendría como vocación federar herramientas hoy dispersas. Copenhague debería dar un impulso decisivo a su creación. Naturalmente tendría como vocación asegurar su seguimiento para los 192 Estados miembros de la comunidad internacional.

Para terminar hay un último tema de gobernanza que me importa mucho, del que ya les había hablado el año pasado y que traté en junio ante la OIT en Ginebra empezando con una constatación sencilla: los mismos Estados adoptan en cada organización internacional unas reglas sin preocuparse de una visión global.

Francia propone que la OIT, y mañana la Organización Mundial del Medio Ambiente, tengan algo que decir en el seno de la OMC, del FMI, o del Banco Mundial en cuanto se cuestionen las ocho normas fundamentales del trabajo o las cláusulas esenciales de los acuerdos sobre el clima. Por ejemplo, si el

principio de un mecanismo de ajuste en las fronteras se decidiera en Copenhague, su aplicación debería estar asegurada en buena cooperación entre la OMC y la futura Organización Mundial del Medio Ambiente.

En resumen, se trata de poner un punto final a una forma de esquizofrenia de la comunidad internacional. Se trata también de corregir los excesos de una “mercantilización del mundo” poniendo en un mismo pie de igualdad el derecho laboral, el derecho medioambiental y el derecho mercantil.

Como cada vez que uno se enfrenta a una idea nueva, las resistencias serán fuertes. Pero la crisis actual, en todas sus dimensiones – financiera, económica, social, medioambiental -, impone volver a pensar en profundidad sobre una mundialización descarriada.

En 1945, los dirigentes de entonces supieron construir, sobre las ruinas de la segunda guerra mundial, las Naciones Unidas con la carta de San Francisco, y tanto el FMI como el Banco Mundial con los acuerdos de Bretton-Woods. Hoy, el desafío es aún mayor, más complejo. No podemos contentarnos con medias medidas. No debemos pararnos en el camino.

Agradezco a Bernard Kouchner su compromiso cotidiano y el brillo que le da a nuestra política exterior, con el apoyo de Alain Joyandet y Pierre Lellouche. Saludo la voluntad de reforma del ministro: hoy aborda el ámbito de la acción cultural exterior, y tiene razón. Debemos ser audaces. Sé que puedo confiar en él. Le agradezco también haber colocado todos estos temas en el seno de su conferencia. Les pido a cada uno de ustedes que lleven el mensaje de Francia, y que estén a la escucha de las expectativas, de las preocupaciones y de las esperanzas de los pueblos entre los cuales viven. Nuestra voz será tanto más escuchada cuanto mejor sepa reflejar las aspiraciones de la mayoría.
Señoras y Señores Embajadores,

El tiempo no juega a nuestro favor. Es nuestro juez. Se lo decía en referencia a las amenazas que pesan sobre el planeta, debidas al calentamiento climático. Esta misma convicción me preocupa a propósito de las crisis que ponen en peligro la seguridad del mundo. Se perpetúan dentro de una impotencia inexcusable de la comunidad internacional. Cada año que pasa aporta su añadidura de tensiones, de odio, y hace aún más difícil la búsqueda de un arreglo. Sí, el tiempo es nuestro juez y dejarlo correr es un error.

Es verdad especialmente en el conflicto de Oriente Próximo que es una crisis mundial por sus implicaciones. Cada uno conoce los parámetros de la paz y el camino que conduce a ella está balizado. No se debe esperar más. Recibiré a principios de septiembre al Presidente Mahmoud Abbas para alentarle a acelerar la renovación de las estructuras que, en el futuro, se encargarán del Estado palestino. Y deseo que el encuentro, hoy mismo, entre el Primer Ministro de Israel y el enviado del Presidente de los Estados Unidos desemboque por fin en la congelación precisa y completa de la colonización y en un nuevo impulso de la negociación.

Si fuera el caso, Francia, con Egipto, de acuerdo con la Presidencia sueca de la Unión Europea y en concertación con Estados Unidos, propondría a todos los países miembros de la Unión por el Mediterráneo la organización este otoño de una segunda cumbre para acompañar la reanudación de las negociaciones de paz en sus tres dimensiones.

Francia, que ha reanudado una relación constructiva con Damasco, está dispuesta a contribuir a las discusiones entre Siria e Israel si las dos partes confirman semejante deseo. En Líbano donde el camino recorrido desde hace 18 meses está lleno de esperanza, Francia llama a la constitución rápida de un gobierno de unión nacional eficaz.

El tiempo tampoco es nuestro aliado en las dos crisis de proliferación nuclear y balística: Irán y Corea del Norte. Se desarrollan ante nuestros ojos, día tras día, y si no actuamos, otras podrían seguir. No podremos decir que no estábamos avisados.

En Irán, especialmente, la crisis política ha hecho olvidar que durante la represión, la proliferación sigue: siempre hay más nuclear, más ensayos con misiles, y jamás ha habido tan pocas negociaciones.

Son los mismos dirigentes, en Irán, quienes nos dicen que el programa nuclear es pacífico y que las elecciones fueron honestas. Francamente: ¿Quién puede creerles?

La elección de sus dirigentes es responsabilidad del pueblo iraní. Pero impedir la proliferación, es responsabilidad nuestra. Barack Obama tomó la decisión justa de tender la mano y de unirse a los europeos, a los rusos y a los chinos. Los seis están dispuestos a sentarse mañana alrededor de la mesa. Pero para esto, se necesita a un socio, un interlocutor que esté dispuesto a negociar seriamente. Ahora bien, no hemos recibido ninguna respuesta positiva. Haremos el balance de aquí a finales de septiembre. Pero seamos claros: si Irán no cambia de política, nos dirigiremos directamente hacia una crisis mayor.

Francia apoyaría entonces sanciones económicas severas, a la altura de lo que está en juego, en el Consejo de Seguridad y en el Consejo Europeo. Y propondría que el OIEA reciba poderes de inspección reforzados para situaciones de este tipo.

Quiero saludar aquí a nuestro Embajador en Irán, Bernard Poletti, a quien elevé a la dignidad de Embajador de Francia. Honra a Francia por su valor, por la agudeza de sus análisis y por su firmeza en la defensa de nuestros valores y de nuestros intereses.

El tiempo que pasa tampoco es nuestro aliado frente al terrorismo internacional. La amenaza sigue estando viva, como lo han demostrado los atentados de Bombay. Los terroristas cuentan con la laxitud de las opiniones occidentales para retomar la iniciativa en Afganistán, en Pakistán, pero también ahora en Somalia y en el Sahel.

Sin embargo, estamos logrando progresos: la campaña electoral afgana se ha desarrollado correctamente, a pesar de las peores amenazas. Al votar, los afganos han dicho que no a la barbarie y al terrorismo; han dicho que sí a la paz, a la democracia y al progreso. Es un éxito en sí. A la espera de los resultados, pido a los candidatos y a sus partidarios a que hagan gala de un gran sentido de responsabilidad.

En Pakistán, las autoridades civiles y militares, por fin, han asumido sus responsabilidades frente a una situación que se volvía incontrolable. Tenemos que apoyarles y Francia lo está haciendo.

Ahora es cuando tenemos que actuar contra el terrorismo por todas partes donde aprovechan la debilidad de los Estados para arraigarse.

Y este motivo es por el cual Francia se quedará firmemente comprometida con sus Aliados, al lado del pueblo afgano. Acabará este año el traspaso a las autoridades afganas de las responsabilidades en lo que se refiere a la seguridad de la región Centro. Concentrará medios civiles y militares en los distritos del Este, con el objetivo de estabilizarlos en un plazo de dos años.

Tenemos que trabajar cogidos de la mano con la sociedad civil: en los próximos meses invitaré a mujeres afganas comprometidas en la reconstrucción de su país para que nos presenten sus testimonios y que reciban el apoyo de los franceses.

Nos movilizaremos también para apoyar a África frente a la amenaza creciente de Al Qaeda –tanto en el Sahel como en Somalia. Lo que acaba de producirse estos últimos meses, especialmente en Mali, Níger y Mauritania es una señal clara. Lo declaro con fuerza: no dejaremos Al Qaeda instalar un santuario a nuestras puertas, en África.

Señoras y Señores Embajadores:

2010 será un año importante para la relación entre África y Francia: 14 antiguas colonias francesas celebrarán el quincuagésimo aniversario de su independencia. Se dedicará este año a la fidelidad en la amistad y la solidaridad. Pero quiero que 2010 marque también el cumplimiento de una reforma profunda de nuestras relaciones con el continente.

Dos momentos fuertes marcarán a la vez esta renovación y esta fidelidad.

Primero, la Cumbre África-Francia que se desarrollará a principios de año en Egipto. Deseo que los actores no gubernamentales se asocien estrechamente a su preparación tras, por ejemplo, un foro empresarial y un encuentro entre las asociaciones para el desarrollo y los migrantes. La Cumbre en sí sería la componente oficial de un proceso más amplio sobre el cual Bernard Kouchner y Alain Joyandet, con la colaboración de nuestros embajadores, consultarán a nuestros socios africanos.

El 14 de julio, los contingentes de antiguos territorios de África subsahariana que contribuyeron a la liberación de nuestro país durante los dos conflictos mundiales desfilarán en los Campos Elíseos. Todos los Jefes de Estado concernidos serán invitados. Francia sabe lo que debe a África: le expresará su gratitud. Pero este evento se proyectará también hacia el futuro. A finales del 2009, se volverán a negociar dentro de una perspectiva radicalmente nueva los acuerdos de defensa que nos unen a ocho países africanos: en adelante, Francia percibe ante todo su papel de apoyo a la creación de fuerzas africanas capaces de asegurar colectivamente la seguridad de su continente, en el marco de la iniciativa de defensa de la Unión africana.

También los instrumentos de nuestra presencia económica tienen que ser reformados, en un contexto de acentuación de nuestro esfuerzo de ayuda pública: a pesar de la crisis, nuestra ayuda pasará del 0,38 en 2007 al 0,44% de nuestro PIB en 2009. El 60% de este total estará dirigido hacia África.

Respondiendo a mi petición, la Agencia Francesa de Desarrollo creó un fondo de apoyo para la iniciativa privada de 2.500 millones de euros en cinco años. Deseo que nuestras empresas también evolucionen y muestren el camino: ¿Por qué no firmarían una carta mediante la cual se comprometerían con más transparencia, a respetar los derechos sociales y ambientales? ¿Por qué no se comprometerían con objetivos cifrados de accionariado privado africano, de contratación local de altos ejecutivos, de subcontratación in situ, de formación continua?

Sería la mejor respuesta a las sospechas injustas, pero demasiado extendidas de explotación para su único provecho de los recursos africanos. Sería también un reto para las empresas de los otros países que, y tanto mejor, por fin se interesan por este continente.

Este año del cincuentenario de las independencias tiene que ser también un año de valorización de África en Francia y de los franceses de origen africano. Un congreso de las asociaciones africanas de Francia podría ser un momento destacado de este acontecimiento. Pero deseo muchas otras iniciativas a través de nuestro país, como por ejemplo, introducir la historia africana precolonial en los manuales escolares.

Para orientar este año excepcional, encargué a Jacques Toubon que moderase una estructura interministerial. Estará especialmente en contacto regular con todos los embajadores concernidos.

Y elegí a Jean-Pierre Raffarin como mi representante personal ante la Organización Internacional de la Francofonía. Preparará, con la autoridad y pasión que conocemos, la próxima Cumbre, otro momento destacado del año 2010.

Renovar nuestra política africana significa también seguir con la consolidación de asociaciones fuertes con los actores principales, que son Sudáfrica, Nigeria y Angola. Significa contribuir a la paz mediante nuevas iniciativas en Sudán y en la región de los Grandes Lagos. Significa al fin y al cabo defender el

respeto de los valores de la democracia y de los derechos humanos inscritos en los grandes textos de las Naciones Unidas y de la Unión Africana.

Fidelidad y renovación: estas dos palabras resumen bien el mensaje de Francia. Fiel en amistad, fiel a una larga historia compartida, Francia sabe que África está cambiando, que su juventud quiere otro porvenir y pretende acompañarla permaneciendo a su escucha.

*

* *

Señoras y Señores Embajadores:

Desde su origen, la humanidad no evoluciona de manera lineal, de progreso en progreso, con momentos de descanso antes de volver a avanzar. Todas las civilizaciones han conocido fases de regresión; algunas han desaparecido.

La novedad radical de nuestra época es que, a pesar de las tradiciones y de las diferentes culturas, a pesar de las reivindicaciones de identidad por aquí o por allá, el mundo ha construido su unidad, nuestra humanidad es hoy por hoy una. Las amenazas con las cuales se enfrenta son globales. Las respuestas tienen que serlo también.

Las preguntas dirigidas a los dirigentes de nuestra época son graves: ¿Podremos, juntos, aportar las respuestas necesarias para evitar regresiones que podrían ser fatales y seguir con la marcha de la humanidad? ¿Sabremos evitar un choque de civilizaciones y de religiones arreglando las crisis regionales? ¿Sabremos reformar el único sistema económico eficaz, el capitalismo, tomando las decisiones necesarias? ¿Sabremos escoger las opciones que se imponen con urgencia para limitar el calentamiento global?

Disponemos de concursos diplomáticos, herramientas técnicas y científicas así como de medios económicos y financieros para aportar respuestas positivas a estas cuestiones de las cuales depende nuestro futuro. Todo se basa hoy en la sabiduría y la voluntad de los dirigentes del nuevo concierto de naciones, el de las potencias relativas del siglo XXI.

De cierta manera, a escala de nuestro continente, la construcción europea, a pesar de sus imperfecciones, nos enseñó el camino: después de dos guerras mundiales que llevaron nuestra civilización al borde de un suicidio colectivo, unos dirigentes visionarios supieron demostrar a sus pueblos, hace 50 años, que un futuro compartido de armonía, de paz y de prosperidad era posible.

Ésta es la misma vía que Francia propone hoy a los principales dirigentes mundiales, con dos convicciones: no hay mejor camino hacia un futuro mejor, y el momento de las decisiones y de la acción no es mañana: es hoy.

Gracias.

